

Montaigne no hace pie

Santiago Kovadloff

Montaigne escribe en francés. Es el primer pensador en expresarse como tal en esa lengua. ¿Qué implica el abandono del latín? El francés es la lengua de la experiencia vivida fuera del campo de las investiduras asumidas por la identidad oficial. Montaigne no escribe para un público existente sino en proceso de existencia. Si su lector no precede a su escritura es porque Montaigne creará a su lector. Lo convalidará como tal al convocarlo a reunirse con él en un idioma sin historia literaria en el campo de las ideas. Montaigne, con su obra, autoriza la constitución de ese lector casi inédito. Al definirse como escritor, nos ofrece a la vez algunos de los rasgos distintivos del lector al que se dirige. Dice él que no escribe como tratadista ni como experto: «Yo me comunico como Miguel de Montaigne, no como poeta, gramático o juriconsulto». De igual modo, va en busca de un lector inespecífico. De un lector que no lee como especialista a especialistas. Que excede como lector el campo de lo profesional, de la contención de lo subjetivo en lo profesional. Montaigne escribe para *uno cualquiera*. *Uno cualquiera* es ése que habla, ante todo y con todos, francés, lengua del vulgo. Lengua de lo común. De ningún modo aún lengua de la cultura decantada. Ya llegará la hora, algunas décadas más adelante, a mediados del siglo XVII, en que el francés hará pública su intención de reemplazar al latín. Pero si queremos al menos vislumbrar qué implica escribir en francés hacia 1580 recordemos que, por entonces, si algo había para decir se lo decía y se lo debía decir en latín. El latín establecía el universo de lo consensuado como inteligible. Apartarse de él equivalía a reconocer que no se tenía nada que decir en el orden de lo convenido y aceptado como digno de expresión. Si no había qué decir y, aun así, el querer decir insistía, entonces correspondía decirlo en francés. Lo que expresa Montaigne es tan inédito como la lengua en que lo expresa. ¿Y qué dice Montaigne de nuevo? De nuevo Montaigne dice *yo*. Toma la palabra para emplearla en la primera persona del singular. Para explorar la primera persona del singular. Si nos atenemos a su singularidad retórica, Montaigne rompe con una tradición filosófica. Pero hay que decir que tampoco es un tratadista. No propone una enunciación lógicamente convincente. Atendamos a lo que asegura en su ensayo «Del arrepentimiento»: «Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar». Y agrega: «Yo no pinto el ser, pinto el pasaje». «El pasaje», es

decir la transición, el tránsito, la condición gerundial del ser: su *siendo*. ¡Remotísima cuestión que desveló a Heráclito y Parménides! ¿Cómo retratar lo que está en movimiento? ¿Recuerdan ustedes el momento que precede al epílogo de *El Aleph*, cuando Borges se apronta a enunciar lo que le brinda la contemplación de la «pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor»? «Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo recogeré». Sí, algo del tránsito se hace residuo en el lenguaje. Así lo cree Montaigne también. Lo provisional de una forma hace mella en el decir. El enunciado conjetural será para él su *sintaxis*. «Si mi alma pudiera hacer pie –declara– no ensayaría». Esto es lo decisivo. Montaigne ensaya. El ensayo no sólo habla *sobre* lo provisorio sino desde él. Lo encarna. Se resiste, en su modalidad discursiva, a toda cristalización. Hay en Montaigne una renuncia explícita a lo inequívoco pues en ello se desdibuja para él la singularidad. Renuncia a lo universal que no emana de lo singular. No subsume al yo en la lógica formal. La extrae del anonimato. Lo escucha. *Ensayo* significa, entonces, entonación verbal de una vivencia. Nunca transmisión de un saber constituido de antemano y trasladado luego a la escritura. Un enunciado, el del ensayo, que dice del sujeto en su singularidad irreductible. La propia experiencia entendida como lo que da que hablar gana, de esta manera, estatuto literario, el primer plano de la expresión. Si es cierto, como Montaigne asegura, que «cada hombre lleva en sí la forma de la humana condición», debe entonces pronunciarse, al escribir, como tal hombre singular porque sólo así, conjugándolo todo en la primera persona, se hará evidente «la humana condición».

En otro momento apunta: «Si las gentes se quejan de que hablo mucho de mí mismo, por mi parte me quejo de que ellas no piensen siquiera en sí mismas». Pues bien, ¿qué significa pensar en «uno mismo»? El tal «uno mismo» no es para Montaigne objeto de saber. No se lo puede categorizar como un ente. No se puede objetivar. No poder objetivar al escribir significa *relatar*. Recordemos: «Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar». Quien relata, interpreta. En la interpretación asumida como tal, el intérprete no vela su papel productor del juicio. No se oculta ni disimula en la enunciación. Por el contrario, aparece en ella. Se desoculta, se deja ver como uno que opina. No como uno que da la posibilidad de conocer sino como uno que se da a conocer y eso es todo lo que da. Al hablar como uno que no se subsume en el todo, al optar por la palabra personalizada, Montaigne se convierte en biógrafo. En uno que asienta en el papel los signos de su vida.

Hay un momento en el que Montaigne y Descartes coinciden y hay que decir de paso que Agustín, el de las *Confesiones*, también coincide en cier-

to momento con Montaigne. Es cuando el alma de Descartes tampoco «hace pie». Recordemos la afirmación de Montaigne: «Si mi alma pudiera hacer pie yo no me ensayaría». Al comienzo del *Discurso del método*, Descartes relata la confusión y la incertidumbre que de él se apoderan cuando su experiencia de vida no le permite corroborar la validez del saber aprendido. Pero Descartes trata de escapar al incesante pluralismo interpretativo reconstruyendo las bases del saber racional sobre un nuevo fundamento universalmente válido, el *cogito*. Montaigne no realiza este pasaje. No le interesa. El derrumbe de las verdades universales de carácter sistemático despeja en él la aparición de un yo conjetural que no aspira a ser un *ego cogito*. Más bien será un *homo quaerens*, un hombre que interroga y que para responder se atiene a lo vivencial más que a lo apodícticamente verdadero. Lo no contradictorio le huele mal.

En Descartes aparece y sobrevive poco tiempo esta concepción de la filosofía como narración autobiográfica, tal como Montaigne la entiende y practica. El afán de certeza desplaza la convivencia con la propia imponderabilidad. «Las fantasías de la música están dirigidas por el arte, las mías por el azar», anota, en cambio, Montaigne. El azar, es decir el libre discurrir en tanto no sujeto a la lógica formal: el azar que encadena (según la íntima ley de una necesidad que no es la de esa lógica) los asuntos enunciados.

¿De qué quiere hablar Montaigne? De él. ¿Y él qué es? Aquello en lo cual *no hace pie*. No puede hacer pie. ¿Y entonces? Entonces ensaya. Tantea. Oscila. Tartamudea. Da vida a una retórica de la conjetura: la de la aproximación infinita a su asunto. Un asunto que él, que nada sabe, conoce, paradójicamente, mejor que nadie: Miguel de Montaigne. ¿Y a quién puede importarle Miguel de Montaigne si no es más que «sí mismo»? Vuelve a decirnos: «Cada hombre lleva en sí la forma de la humana condición». Hablar de uno es hablar de lo inviable como certeza, de lo inviable como objeto del saber apodíctico. Hablar de uno como inviabilidad de la certeza y el saber es hablar de la «humana condición». De la subjetividad como inconclusión. Dominio no colonizable por la voluntad de poder. *Terra incognita* de la «interioridad». Territorio no reductible a la condición de reino. Paraje o extensión sin límite. Lo amorfo. Escenario de lo inconquistable en tanto se acepte su transitividad incesante. Pintarse a uno mismo, tal como hará Montaigne, es poner en escena la condición transitiva del yo. La de un siendo que no conoce reposo ni desenlace. Decir la propia verdad es declararse inapropiable para sí, anunciar y denunciar la verdad como impropia, como lo que no puede pertenecernos como sustancia. La heteronomía no es, pues, un recurso literario, es un destino. El reverso de «ensayarse» es resolverse. Lo otro del ensayo es el estreno. La puesta en escena de lo cons-

tituido. «Si mi alma pudiera hacer pie, no me ensayaría, me resolvería». El discurso de la resolución, el que cierra ilusoriamente la fisura, es el discurso del saber. Quien quiera saber, admite Montaigne en el prólogo de sus *Ensayos*, no deberá leerlo. «Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar».

Montaigne pinta, se pinta. Retrata su forma en incesante transición. Lo irreductible de su presencia en el mundo a un perfil definido, consumado. No es dueño de sí. Es su habitante. Su inquilino. Su observador. Un observador sujeto ante todo a la curiosidad. Sin afán principista ni anhelo de sistematización. Es el primer escritor de ideas que separa lo normativo –el deber ser– del estudio del hombre, en el sentido de que no escribe desde lo normativo hacia el sujeto. No supedita la experiencia al tamiz del deber ser. Procede exactamente al revés.

Montaigne afirma: lo mío es una *rapsodia*. En su literatura, lo fragmentario no se supera a sí mismo en una síntesis ábarcadora. La infinita subjetividad ha encontrado su portavoz. Montaigne no quiere tener razón. Quiere sí, hacerse oír como uno al que lo verdadero no le importa si se lo configura a expensas de su singularidad. Nadie más alejado de Platón. Nadie más cercano de Aristóteles. Al menos al Aristóteles de la *Física*, ése que asegura que si bien todo fenómeno está sujeto a la ley que gobierna a los entes de su clase es, al unísono, una realidad específica y diferenciada que no cabe por entero en las disposiciones de esa ley general. «Los otros forman al hombre. Yo cuento de él» anota Montaigne. Contar es acompañar al hombre en el despliegue de su manifestación, sin aspirar a más que a dar testimonio de ese ir sucediendo. Atestiguar. La palabra como articulación de lo experimentado. Nunca como apropiación. El ensayo preserva celosamente la distancia entre lenguaje y realidad, sin renegar de su intersección.

Auerbach recuerda que el de Montaigne es un «estilo socrático». «Algo libre, desenvuelto, cercano a la vida diaria». Tiene razón. Si algo quiere Montaigne es ser oído. Oído antes que leído. Bioy Casares, en una nota bien conocida, entiende que el ensayo debe tener y brindar la atmósfera «de una conversación junto al fuego». Se trata, pues, de intimidad. Del reverso de lo público. Se trata de lo que invita a celebrar la afinidad, la empatía, el encuentro.

¿Es un prólogo, como propuse, aquello que precede a los *Ensayos* de Montaigne y que él titula «El autor al lector»? No lo es. Es una advertencia. Una salvedad. Una recomendación, si se quiere. En ella, el autor se dirige al lector. Lo hace «a 12 días del mes de junio de 1580 años». Fecha memorable. Fecha natalicia y por ello, fundante. Pero Montaigne no es ingenuo: ¿lo seremos nosotros? Dice en ese envío titulado «El autor al lec-

tor» que con su libro no persigue fines trascendentales, sino fines «privados y familiares». Eso es cierto y no es cierto. Es cierto porque, como señalé, quiere ser leído por un lector moderno, entendido éste como el que cuenta en su haber con el don de lo privado. Un lector gestado en el espíritu del Renacimiento. No es cierto, porque lo privado es privado únicamente si no se lo hace público. Y es cierto, una vez más, porque al hacer público lo privado, da noticia de él, lo funda, lo instaura, lo establece en la *polis* como eso que también hay: lo privado. Lo privado que se da a conocer como privado.

Dice el envío, además, «Yo mismo soy el contenido de mi libro». ¿Cómo es ello posible? ¿Cabe el hombre en la palabra? Sí, en tanto inconcluso. La palabra dice al hombre como uno que dice. «Yo no enseñé ni adoctrino, lo que hago es relatar». «Mis defectos se reflejarán (aquí) a lo vivo». ¿Qué significa la palabra «defectos» sino lo que impide que mi identidad se congele en una imagen definitiva, idealizada, no contradictoria? Montaigne no retrata un paradigma sino su imposibilidad. Quiere dejarse ver como uno que no puede terminar de ser visto o, mejor aún, que no debe ser visto como uno que está consumado.

Con respecto a una modernidad colonizadora, sedienta de inventariar y gerenciar lo real, Montaigne es un denunciante. Es la otra modernidad. La que viene a aguar la fiesta de la autosuficiencia y del ciframiento de lo real. La que pondrá en tela de juicio el ardid del universalismo eurocéntrico y el del racionalismo imperial. De su misma estirpe son Sánchez, Pascal en altísima medida, Cervantes y Shakespeare. ¿Filósofos? ¿Pensadores? ¿Artistas? La otra modernidad. La de los hombres que no han querido hablar para hacer callar a quienes no coincidieran con ellos ni a lo que de sí mismos no coincidiera con ellos. Montaigne y los abanderados de lo trágico en un tiempo en que el progreso se empeña en hacer olvidar lo irresoluble por estructuras. El insospechado renacimiento de lo trágico. Los herederos de Sófocles, Eurípides y Esquilo. Los auténticos humanistas.

Cabe, por último, la pregunta eminente. Si la experiencia del yo y el yo de la experiencia son lo inestable por antonomasia, si el objeto «yo» escapa sin cesar a la enunciación, ¿de qué «sí mismo» nos habla Montaigne? Leámoslo: «Yo no puedo fijar mi objeto; se mueve confuso y renqueante, en una ebriedad natural. La agarro en algún lugar, tal como es en el preciso instante en el que me ocupo de él». Pues bien, ¿quién es ése que lo agarra? ¿Quién es ése que se ocupa de él? ¿Cómo se relacionan mutación y unidad del yo? ¿Cómo piensa Montaigne la identidad del yo? Acota Peter Bürger: «Tiene que haber algo que conecte las partes de tal modo que el yo pueda concebir sus exteriorizaciones como suyas propias». Montaigne concluye que la unidad del yo está en la facultad de juzgar. Esa es la instancia

creadora de unidad, nos propone, preanunciando notablemente a Kant. Pero aclaremos: tal facultad, en su caso, no preexiste a la escritura. La escritura, nos dice en sus anotaciones tardías, constituye los procedimientos de autoconciencia. A ella le debe él la posibilidad de saberse tal como se sabe. La escritura, pues, no es mediación. No es herramienta. El hombre escribe para ser. Ser significa con Montaigne, ser expresión. No es una operación *a posteriori*, un acto de traslado o transposición del saber a la gráfica. El auténtico ensayista no informa sobre lo que ya sabe valiéndose para ello de la escritura. En otra ocasión yo lo he dicho así: no se escribe para decir lo que se sabe sino para llegar a saber qué se quiere decir. El escritor no transmite conclusiones. Conclusiones transmiten los que saben. El escritor da forma a su juicio, pronunciándose. Redacta para ser, es lo que dice. Se autoconvoca a la existencia mediante la palabra. La escritura lo vertebrata. La escritura funda lo que explora y al que explora. El sujeto, entonces, no construye una obra sino que se construye como una obra. Es productor en la medida en que es lo producido. Se ha objetivado en la medida en que se ha subjetivado. «Yo mismo –declara Montaigne– soy el contenido de mi libro». Salta a la vista el papel del acto; la escritura como acción constituyente. Nos damos el ser al proceder. Con ello nos hemos desplazado del terreno teológico (venir a ser por obra de otro) al terreno ontológico-productivo moderno: configurar el ser mediante la propia obra. «Pues es en el mundo de la acción donde el alma se halla a sí misma» –escribirá Hegel dos siglos más tarde.

Para finalizar, una reflexión de Oscar Wilde que hubiera sido improbable sin Montaigne. La extraje de *De profundis*: «Los hombres cuyo deseo consiste únicamente en realizarse a sí mismos, no saben nunca adónde van. Ni pueden saberlo. En cierto sentido de la palabra es necesario, por supuesto, según decía el oráculo griego, conocerse a sí mismo; y esta es la primera consecuencia del conocimiento. Pero reconocer que el alma humana es desconocida es la suprema realización de la sabiduría. El misterio final reside en uno mismo. Cuando se ha pesado el Sol en la balanza, medido los pasos de la Luna y dibujado el mapa de los siete cielos, estrella por estrella, todavía queda nuestro propio ser». ¿Crisis de la modernidad? oigámosla, por ejemplo, como el reclamo de la singularidad reivindicando para sí otro espacio que aquel al que la condena la identidad de lo idéntico.